

EL BÉISBOL COMO POSIBILIDAD DE ASCENSO SOCIAL EN LA LITERATURA VENEZOLANA: UN ENGAÑOSO “CUENTO DE HADAS”

Ana García Julio
Universidad Central de Venezuela
annajulia17@hotmail.com

RESUMEN

Examinar la representación de los jugadores de béisbol en la literatura venezolana; específicamente, su percepción -y la de la sociedad- acerca del deporte como vía de ascenso socioeconómico es el objeto de este artículo. La lectura de seis cuentos y una crónica a través del Análisis Crítico del Discurso (ADC) permite identificar los elementos ideológicos que subyacen en el desenvolvimiento profesional de los peloteros criollos, desenmascarando un discurso de exclusión (por parte de las clases superiores) y un discurso de dominación (de la industria del deporte). Se cuestiona la eficacia del estrellato deportivo como estrategia de movilidad social, sugiriendo que las mejoras en la posición y el ingreso logradas a través de una carrera exitosa en el béisbol no son más que un espejismo, que da al traste con la condición humana y el legítimo deseo de superación de los jóvenes atletas.

PALABRAS CLAVE: Literatura venezolana, béisbol, exclusión social

ABSTRACT

Examining how baseball players are portrayed in Venezuelan Literature; more specifically, how they -and Venezuelan society- perceive this sport as a way of socioeconomic rise is the goal of this article. The reading of six short stories and a chronicle through Critical Discourse Analysis (CDA) helps to identify ideological facts underlying in baseball players' career development, exposing a social exclusion discourse (by upper classes) and a domination discourse (by sports industry). It raises questions about the efficacy of sports stardom as a social mobility strategy, suggesting that improvements in position and income reached through a successful career in baseball are an illusion what puts paid to young athletes' human condition and legitimate desire of self-improvement.

KEY WORDS: Venezuelan Literature, Baseball, Social Exclusion

EL BÉISBOL EN LAS LETRAS VENEZOLANAS

Como “inversamente proporcional” podríamos definir la relación entre literatura y béisbol en Venezuela. Es irónico que en un país donde esta disciplina despierta intensas pasiones y antagonismos se hayan escrito tan pocas historias en torno a ella. De esto da cuenta el narrador venezolano Salvador Fleján, expresando que salvo escasas excepciones,

como la novela de Salvador Garmendia *Los habitantes* (1961) (...); o la hiperconocidísima *Campeones* (1939), de Guillermo Meneses; o la novela *La última oportunidad del Magallanes* (1978), de Rafael Zárraga, o un extraviado cuento de Héctor Mujica llamado *El juego de béisbol* (1961), son pocas las referencias “históricas” de las que podemos echar mano para armar un *corpus* narrativo cuyo eje o tema central sea nuestro deporte nacional. (2009: 16-18)

Según Díaz Rangel (1979), la práctica del béisbol en Venezuela se remonta a 1894, época en la que se conocía como *bating-ball* o “rondadas” y estaba casi reservada a los estudiantes, hijos de clases acomodadas. Su popularización ocurrió en la década de 1920, convocando a una afición cada vez más numerosa. En 1927 se efectuaría el primer campeonato nacional de la disciplina. Aunque para 1931 la presencia del *stadium* ya asomaba en el libro *Poemas sonámbulos* de Pablo Rojas Guardia, no sería sino hasta finales de esa década cuando el béisbol entraría decididamente a nuestra literatura, corporizado en la novela de Meneses.

En épocas más recientes, algunos relatos locales enmarcados en este ámbito deportivo se han hecho eco de un fenómeno de la realidad venezolana: el uso del béisbol profesional como medio de ascenso social. Y es que, amén de sus aptitudes físicas y con el beneplácito familiar, jóvenes criollos de bajos recursos cifran sus esperanzas de progreso en convertirse en peloteros profesionales y lograr figuración en algún equipo nacional; o mejor aún, en captar la atención de algún equipo de las Grandes Ligas que los reclute para llevarlos a jugar al exterior. Llama la atención, sin embargo, que en casi todas las piezas narrativas ese camino -signado al principio por el talento y la suerte- termine en tragedia o fracaso, desenlaces que simbólicamente remiten

a los atletas a su entorno de origen. Cabría preguntarse cuál es el asidero de esta aciaga recurrencia ficcional.

LAS CARAS DEL BÉISBOL: ACTIVIDAD SOCIAL, ESPECTÁCULO Y NEGOCIO

Como atletas, los peloteros son modelos a seguir: personas saludables que han desarrollado sus habilidades físicas poniéndolas al servicio de una actividad socialmente respetada y promovida. Niños y jóvenes se proponen imitarlos; los adultos siguen sus carreras con admiración. De ello se hacen eco los textos literarios que aludimos: en ninguno falta un personaje que haya fantaseado con ser un famoso grandeliga. Pero no solo se debe a sus dotes excepcionales para manejar el bate o la pelota: si se desea imitarlos es por el *poder* (expresado en términos de celebridad, destreza y dinero) que representan.

Esto nos lleva a distinguir tres facetas del deporte que se corresponden con su desarrollo histórico y coexisten actualmente: la de *actividad social* (cerca al “juego”, carente de lucro y casi tan antigua como el hombre), la de *espectáculo* (donde el énfasis en la práctica se desplaza a su posibilidad de congregación pública) y la de *negocio*. Altuve Mejía identifica la última faceta con el *deporte moderno*, que surgió con el capitalismo industrial en el siglo XVIII, pero apenas vino a estructurarse como sistema a mediados del siglo XX: “La función social fundamental con la que nace el deporte moderno en la sociedad capitalista es ideológica, produciendo y reproduciendo en su dinámica y orientación la idea de rendimiento-productividad-rentabilidad-progreso lineal e infinito” (2009:17).

En el medio deportivo, la idea del *rendimiento* se traduce en la competición incesante arbitrada por los cronómetros; en romper récords, perfeccionar la técnica, administrar al máximo el esfuerzo y mantener un nivel físico óptimo, así como en un minucioso cultivo de las estadísticas, atributos que distinguen, jerarquizan, miden y controlan el desempeño de los atletas, reducidos de este modo a meras cifras. A su vez, ese rendimiento jerarquiza el criterio de *rentabilidad*: es allí donde pasamos del juego al negocio. El desempeño es tasado, las cifras millonarias de los contratos en dólares de los peloteros son divulgadas como parámetro adicional de comparación. Las negociaciones entre equipos para “adquirir” a los talentos más destacados son materia noticiosa, hazañas paralelas a las que se logran en el campo de juego. Tras este sistema utilitario, García Blanco sitúa a actores insospechados por el gran público, como “las

multinacionales del mundo capitalista”, “las organizaciones políticas del fenecido mundo comunista” y “las mafias del Tercer Mundo” (2006:86).

Ante el público, las facetas de negocio y espectáculo se solapan gracias a la labor de los medios de comunicación social. Son éstos los que contribuyen a convertir al deportista exitoso en estrella, según su desenvolvimiento. Las estrellas del béisbol atraen a una fanaticada de composición social mixta, pero encuentran su mayor potencial de identificación en las clases más bajas, tanto por su tradicional cercanía con esta disciplina deportiva como por su apremio por salir de la pobreza. A fin de cuentas, tener habilidades para el deporte más popular del país¹ ha sido el pasaporte a una vida de holgura para muchos venezolanos.

Esta “ilusión” no sale de la nada:

Con la intervención de los medios de comunicación, la función ideológica del deporte se ha perfeccionado, produciendo y difundiendo la idea (legitimada institucionalmente y socialmente aceptada en todo el mundo) de que es un espacio social universal de igualitarismo absoluto. (Altuve Mejía, 2009: 18)

Al aspirar al béisbol como medio de subsistencia (e incluso desde su momentánea imprevisión de las implicaciones de esa elección profesional), nuestros jóvenes no están asumiendo el esquema del deporte como actividad social, ni el del espectáculo, sino el del negocio. Como indica García Blanco: “un deportista actual no es sino un profesional de una actividad laboral; es decir, un obrero que realiza un trabajo obligado, con la finalidad de recibir unos emolumentos, casi siempre substanciosos” (2006: 86).

Que el contrato resulte provechoso o conveniente para las partes involucradas no es sinónimo de *solución*. Y decimos “solución” porque lo que está planteado no es sino un problema social. Como individuos de extracción humilde, y luego, como miembros de una organización

1. Según una encuesta realizada por el Instituto Venezolano de Análisis de Datos y comentada en octubre de 2011 durante una rueda de prensa por José Grasso Vecchio, presidente de la Liga Venezolana de Béisbol, a nueve de cada diez venezolanos les gusta este deporte.

deportiva profesional, los peloteros han estado a merced de dos instancias de poder social y económico: excluidos desde la infancia por las clases superiores y subordinados -poco más tarde- a la industria del béisbol. En ese marco de acción, buscan hacerse un espacio, obtener una cuota de poder que los grupos dominantes -defensores de sus posiciones e intereses particulares²- no están dispuestos a ceder tan fácilmente. Más allá de la conquista de logros económicos, ¿qué esperanza real tienen estos jóvenes de salir airosos con sus aspiraciones de nivelarse socialmente en un contexto que solo reconoce su valía a partir de la explotación de sus aptitudes para el deporte?

LAS IDEOLOGÍAS DEL DOMINIO Y LA EXCLUSIÓN AL DESNUDO

A partir de estas consideraciones, estudiamos cómo se reproducen y entretienen las ideologías de las clases superiores y la industria del béisbol en textos literarios venezolanos en los que se representa a peloteros o potenciales peloteros, en lo que toca a sus posibilidades futuras o realizadas de mejorar de status a través de sus logros deportivos.

Para ello recurrimos al Análisis Crítico del Discurso (ACD), siguiendo los lineamientos de van Dijk (1996, 1999) y los modelos sugeridos por Barrera Linares (2003) con énfasis en textos literarios. Van Dijk define este método como un tipo de investigación “que estudia primariamente el modo en que el abuso de poder social, el dominio y la desigualdad son practicados, reproducidos, y ocasionalmente combatidos por los textos y el habla en el contexto social y político” (1999: 23).

Sobre nuestra pretensión de poner en evidencia las ideas que ciertos grupos utilizan para lograr consenso en cuanto a sus propósitos (en el caso del deporte) o para legitimar su primacía (en el caso de las clases superiores) hay que acotar que, con el fin de evitar fricciones, esos contenidos pueden asumir expresiones aparentemente

2. Partimos de la premisa de que las ideas y valores que sustentan esa «defensa» y esas «posiciones e intereses» subyacen en el discurso de los grupos dominantes: el discurso real y el ficcional, que los narradores construyen a imagen y semejanza de aquel para dotar de verosimilitud sus textos. Como indica van Dijk, «dependiendo de su posición, cada grupo seleccionará entre el repertorio de normas y valores sociales, propios de la cultura general, aquellos que realicen óptimamente sus fines e intereses, y se servirán de estos valores como los componentes que identifican sus ideologías de grupo» (1996:18).

inofensivas, aún más cuando su vehículo son textos de ficción. Por esta razón, fue preciso realizar una lectura atenta para detectar su presencia a través de ciertas marcas discursivas.

Puesto que las piezas de ficción son escritas en función de la experiencia, el conocimiento y las percepciones que sus autores tienen del mundo, se entiende que, al no ser peloteros (sino escritores y/o periodistas), éstos reflejan en su discurso (a través del punto de vista de los narradores y de las acciones y expresiones de los personajes) valores, actitudes, creencias y prejuicios colectivos y propios acerca del funcionamiento del béisbol como institución, de los peloteros y de su entorno; esto es, representaciones sociales y modelos mentales sobre el funcionamiento de ese ámbito. En ese sentido, las coincidencias entre las representaciones resultan significativas, pues apuntan a ideas socialmente compartidas o extendidas, al margen de que sean ciertas o no. “Las representaciones sociales son propias de los grupos en la medida en que son compartidas por (las mentes de) los miembros de los grupos sociales”, explica van Dijk (1996: 18).

De los textos seleccionados establecimos la imagen con que se presenta al pelotero criollo; identificamos los valores³ de los grupos involucrados (los jugadores y sus familias, el contexto social y la industria del béisbol); y observamos la posición que asumen los grupos dominantes ante el esfuerzo de ascender socialmente del grupo dominado.

CUENTOS DE PELOTeros: EL DISCURSO BAJO LA LUPA

El corpus de análisis se constituyó en función de dos criterios: a) que lo integraran relatos o crónicas literarias sobre el béisbol criollo, escritos por autores venezolanos y publicados en libros, revistas o periódicos; y, b) que el argumento refiriera la trayectoria o algún episodio significativo de un jugador de béisbol en cualquiera de sus fases: desde integrante de un equipo de liga infantil hasta grandeliga consagrado. Tras una lectura preliminar, se determinó que siete textos cumplían con estas condiciones: los relatos “Juego maquinalmente”,

³ Para Schoeck los valores son “contenidos vitales, captados en conceptos, comunes a la mayoría de los miembros de un grupo” y “conservados, cuidados o ambicionados (...), desempeñando un papel decisivo en la estructura de los motivos de nuestro comportamiento” (1973: 753). De allí que nos interesen, pues, a diferencia de las actitudes y conductas, son de carácter general y motorizan a aquellas.

de Eduardo Chapellín (1995); “Solo un shortstop”, de Luis Felipe Castillo (1998); “Grandeliga”, de Salvador Fleján (2006); “El juego no termina hasta que se acaba”, de Ewald Scharfenberg (2009); “El prospecto”, de José Pulido (2009); “Alexito en las Grandes Ligas”, de José Baig (2009); y la crónica “Un extraño héroe”, de Hensli Rahn (2008).

A continuación presentamos las sinopsis de los textos escogidos y la descripción de sus personajes respectivamente, con la finalidad de familiarizar al lector con el corpus analizado.

Sinopsis de los textos

“Solo un shortstop” (1997). El periodista Vladimir Soto viaja a la localidad anzoatiguense de El Tigre para entrevistar al olvidado pelotero de Grandes Ligas Enzo Hernández (quien años atrás se retiró a atender su propia farmacia) y repasar su carrera truncada.

“Grandeliga” (2006). Un hombre rememora el destino fatídico que, al igual que su tío Calixto y su hermano Eleazar, tuvo su hijo Keny; todos ellos, con aptitudes excepcionales para el béisbol pero indisciplinados o faltos de interés genuino en desarrollar una carrera.

“El juego no se termina hasta que se acaba” (2009). un hombre criado en una urbanización de clase media recuerda un capítulo de su niñez: su pertenencia al equipo de béisbol infantil Los Potrillos y su irritante sustitución por un niño del barrio vecino, llamado Douglas, quien con los años devino traficante de drogas y murió en un ajuste de cuentas.

“El prospecto” (2000). por una confusión, Yéison Augusto, un prospecto de barrio que vive rumiando el resentimiento contra el padre que lo abandonó a él, sus hermanos y su madre Marhuanta, termina perdiendo la oportunidad de convertirse en un pelotero de exportación que venía a ofrecerle Harry, *scout* de un equipo de Grandes Ligas.

“Alexito en las Grandes Ligas” (2009). Dos ex compañeros del equipo de béisbol del colegio retoman el contacto por Internet; uno de ellos, Alex Cárdenas llegó a las Grandes Ligas, donde no tuvo mayor figuración. A propósito del reencuentro, el narrador evoca momentos de su propia vida y de la de una amiga en común, Zoraida, quien lo mantenía al tanto de los éxitos de “Alexito”.

“**Un extraño héroe**” (2008) [Crónica]. A partir de una de las barajitas de béisbol de la colección que reunió durante su infancia, el cronista repasa el caso del lanzador Ugueth Urbina, asociándolo a los de otros peloteros venezolanos con expedientes penales.

“**Juego maquinalmente**” (1995) [Relato de anticipación]. En un hipotético 2010, con un injerto electrónico en las rodillas y tras tres décadas de carrera, el pelotero Oswaldo Guillén anuncia su retiro de las Grandes Ligas. Le cuenta a un periodista sus planes de invertir -junto con otros peloteros- en desarrollos turísticos para ayudar al país y contratar un ejército privado para mantener a raya a la guerrilla.

Descripción de los personajes

“**Solo un shortstop**”. **Vladimir Soto**: periodista cultural de una revista de variedades. Escritor frustrado, autor de “una novela que nadie lee”, se siente identificado con Enzo en su fracaso. **Enzo Hernández**: ex pelotero de los Tiburones de La Guaira. Oriundo de El Tigre. Dueño de una farmacia. Jugó varias temporadas en las Grandes Ligas pero se retiró porque estaba lesionado y se sentía “explotado”. **Ellys María**: médico. Esposa de Enzo.

“**Grandeliga**”. **El padre de Keny**: convencido de que las condiciones para juzgar béisbol corren por la sangre de su familia, promueve entusiasta la carrera de su hijo Keny. Trabajó en un ministerio. **Keny**: estudiante y prospecto, firmado por los Astros de Houston a los 16 años. No le gustaba el béisbol, jugaba para complacer a su padre. Pitcher zurdo y controlado. **Rosalía**: madre de Keny. Le preocupaba la complexión de “Hércules enano” de su hijo. **El tío Calixto**: empleado del INOS. Jugaba en campeonatos interobreros. **Rafael**: abuelo de Keny. Vivía en La Pastora. “Indio, pero no pendejo”. Regentó una bodega hasta su muerte. **El tío Eleazar**: prospecto y luego pelotero de los Medias Blancas de Chicago. Nació en la parroquia San Juan. Poca disposición para los estudios. Le gustaba beber y bailar. **El Loco Torres**: amigo de Rafael. “Parecía un abogado de Yale” por la vehemencia con que discutía el contrato de Eleazar con el *scout*. **Los scouts**. “Lobos” que entraban y salían a cada rato de la casa de La Pastora ofertando por Eleazar. Solo se identifica a dos: Mister Mosley, quien representaba a los Yankees, y “un tipo bajito con un sombrero Panamá”, a los Medias Blancas. **Parroquianos del bar en EE.UU.**: “Granjeros obesos”. Racistas. **Ex jefe del padre de Keny**: busca congraciarse con su ex empleado al enterarse de la firma de Keny. Tiene un hijo “mariguanero y vago”.

“El juego no se termina hasta que se acaba”. **Narrador (ES):** hijo de una profesora de Física. Criado en “un hogar de clase media, profesional, liberal”. Miembro del equipo de béisbol infantil Los Potrillos BBC. Jugaba torpemente. Vivía en una urbanización de quintas aledaña a un barrio. **El señor Fermín:** dueño y mánager del equipo de béisbol infantil Los Potrillos BBC. **Madre de ES:** profesora de Física, “integrante de la vanguardia magisterial en Venezuela”. **Señora de servicio:** “Una solícita andina” que laboraba en casa del narrador (ES). **Douglas:** único jugador de Los Potrillos BBC oriundo del barrio vecino. “Aparentemente pobre y a todas luces negro (...) También era el mejor del equipo”. Siempre olía a orines. Usaba “el mismo bluyín desteñido” a diario.

“El prospecto”. **Harry:** *scout* de un equipo de Grandes Ligas. “Catire alto, vejucón y arrugado”. Preocupado por las crecientes dificultades de la caza de talentos. **Andy:** compañero de Harry. “Flaco reseco”. Su verdadero nombre es Andrés. Venezolano, tiene muchos años viviendo en el extranjero. **Yéison Augusto:** estudiante y prospecto. “Atrapa como Omar Vizquel, batea como Roger Maris y corre como espidi González”. Siente resentimiento por el abandono de su padre, por quien salió “pálido y amarillento”, según su madre. Juega béisbol “para proporcionarle a su santa madre alguna felicidad palpable y sólida”. **Yamilé, Arcónida y Dayana:** hermanas menores de Yéison Augusto. “Trillizas alborotadas, inmersas en el capullo de la belleza criolla”. Quieren ir a la universidad. **Luslibia:** jugadora de voleibol. Tiene “cara de resignada” y ojos que miran “como si estuvieran en el fondo de un dulce de lechosa”. **Marhuanta:** madre de Yoni Carmelo, Yéison Augusto, Yamilé, Arcónida y Dayana, a quienes crió sola. “Mano de obra compulsiva y mano de obra b barata”. “Solo vive para estar cocinando, lavando, fregando, bordando, vendiendo, limpiando”. Es “morenita”, “delgada”, “dulcita”. Aficionada al béisbol. **Yoni Carmelo:** hermano mayor de Yéison Augusto. Dejó los estudios de bachillerato para trabajar en un supermercado y llevar dinero a la familia. **El padre de Yéison Augusto:** “El muérgano ese”, lo llama Marahuanta, a quien abandonó dejándola con cinco niños. Solo se sabe que es blanco. “Es una rata”.

“Alexito en las Grandes Ligas”. **Narrador (JB):** estudió los primeros años de secundaria en un colegio de Jesuitas. Jugador regular del equipo de béisbol del colegio “porque se lo impusieron para dejarlo entrar en el equipo de fútbol”. **Zoraida Brizuela:** ex compañera de colegio del narrador (JB) y de Alex. “Piel color caoba,

cabello negro azabache y una boca perfecta de la que salía una sonrisa perfecta”. “Simpática, graciosa, inteligente. Y pícara”. Su padre es médico y dueño de un laboratorio. **Alex Cárdenas:** prospecto y luego pelotero de los Rojos de Cincinatti. Compañero de colegio de Alex y Zoraida. “No era especialmente atractivo, pero era fuerte, musculoso y muy seguro de sí mismo”. Jugaba en la selección del colegio y en la liga local.

“**Juego maquinalmente**”. **Oswaldo Guillén:** pelotero con treinta temporadas en el negocio. Campocorto de los Medias Blancas de Chicago. Atleta del año de un hipotético 2010. Su expresión es irónica. Tiene un injerto electrónico en las rodillas que le ha permitido prolongar su vida útil en el béisbol. “Dueño” del estado Monagas, de una red hotelera y una cadena de comida rápida. **Antonio Armas:** pelotero retirado y co-dueño de los Leones del Caracas con Andrés Galarraga. **Andrés Galarraga:** pelotero retirado y “mandamás” de Nueva Esparta, debido a sus muchas inversiones la isla. Co-dueño de los Leones del Caracas junto a Antonio Armas. **Wilson Álvarez:** pelotero. Ex compañero de Guillén en los Medias Blancas, juega para los Samurais de Tokio. A sus 40 años, en vías de ser el grandeliga “cibernético” N° 264, gracias al injerto electrónico que recibirá, convirtiendo su brazo en “biónico”.

“**Un extraño héroe**”. **Ugueth Urbina:** pelotero de los Expos de Montreal, preso por homicidio frustrado y agavillamiento. Flaco, de cara seria y bigotes, mirada oscura. “Agresivo”, “se la pasa en tânganas hasta en grandes ligas”. Pobre en la niñez, “padre muerto, mamá ausente”, rico de adulto gracias a su “increíble talento”, “hijos regados”, generoso con su familia, airado y protagonista de trifulcas.

EL ÁMBITO DE LOS EXCLUIDOS

Para contar sus historias (a excepción de la crónica, donde la identidad del narrador-cronista es una convención del género), todos los autores escogieron la perspectiva de terceros con respecto al personaje del pelotero: el padre, periodistas o eventuales compañeros de equipo. Solo Luis Felipe Castillo le da voz al beisbolista. Aunque no es relevante para el análisis, cinco de los personajes son identificados como jugadores reales: Enzo Hernández, Oswaldo Guillén, Antonio Armas, Andrés Galarraga y Ugueth Urbina.

La reproducción de estereotipos asociados a la pobreza empieza por la ubicación de los jugadores en su entorno de origen: casi todos

los peloteros provienen de un barrio o de una zona popular (como Keny, Eleazar o Ugueth Urbina) o de un sitio del interior venido a menos (como Enzo Hernández). Raras veces son hijos de la clase media (como Alex Cárdenas): de allí salen únicamente aquellos que juegan béisbol solo como entretenimiento, sin en el propósito de convertirlo en su profesión.

En los nombres de los peloteros (Keny, Yéison Augusto, Dayana, Yoni Carmelo, Ugueth) y sus familiares (Yamilé, Arcónida, Dayana, Luslibia, Marhuanta, Bolivia Neverí, Yoni Carmelo, Jarrimáiquel, Tíbi Cléivi) se refleja cierta extravagancia propia de las clases bajas a la hora de bautizar a sus hijos. Asimismo, aunque casi todos los textos emplean un lenguaje más cercano a lo literario culto que a la imitación del registro coloquial, en “Grandeliga” se detecta el abuso deliberado -para causar un efecto jocoso- del pronombre reflexivo “me”, que suele endilgársele a las clases populares y que sería un sintomático de una educación deficiente: “Nada más había que verle el cuerpo y los brazos a Keny cuando me cumplió los diez años”, “Después que a Keny me lo firmaron los Astros” (Fleján, 2006: 79 y 90).

Acerca de la composición familiar, algunos de los jugadores (Alexito, Yéison Augusto, Ugueth) carecen de figura paterna, una ausencia a la que Harry, el *scout* del cuento de Pulido, atribuye la actitud “desenfocada” de los peloteros: “Los hombres en estas latitudes dejan a las mujeres entendiéndose con los hijos, abandonadas a su suerte” (Pulido, 2009: 34). Las madres, esposas, amigas, hermanas, trabajadoras domésticas son figuras de apoyo, pero no tienen injerencia en un mundo eminentemente masculino como lo es el del béisbol.

La familia suele tener una valoración positiva: los padres están allí, apoyando a los hijos (Rafael, el papá de Keny), trabajan abnegadamente para sacarlos adelante (Marahuanta) y los hijos buscan retribuir ese esfuerzo complaciéndolos en su sueño de verlos convertidos en peloteros -“Yéison Augusto siente la imperiosa necesidad de proporcionarle a su santa madre alguna felicidad palpable y sólida” (Pulido, 2009: 35); “Nunca me ha gustado el béisbol, papá. Esto lo estoy haciendo por ti” (Fleján, 2006: 92)- llevándoselos a vivir afuera consigo cuando son contratados (como hace Alexito con su madre y su abuela), siendo generosos con sus familiares (como cuenta Rahn que se decía de Ugueth Urbina) o siguiendo sus pasos en el béisbol (como el Oswaldo jr., el hijo mayor de Oswaldo Guillén).

También es de notar la concepción del béisbol como *destino*, que descansa en frases como “había nacido con las condiciones” o “poseía el talante de los elegidos” (Fleján, 2006: 79-80) y que pone sobre los hombros de los muchachos determinadas expectativas acerca de su futuro. La idea de que el béisbol corre por la sangre de la familia de Keny o el empeño de Marahuanta en que sus dos hijos varones sean peloteros parece replicar casos famosos de la historia del béisbol venezolano, como el de los Davalillo, los Alfonso y los Carrasquel⁴.

Aun en un país donde la mezcla étnica es tremenda y, por ende, hablar de razas parece fuera de lugar, el elemento surge en varios relatos, como alusiones al color de piel de los peloteros, sus familiares u otros personajes de su entorno (“indio”, “morenita”, “piel de caoba”, “pálido y amarillento”, “no era negro ni blanco, tenía algo de indio, pero sus facciones poseían la rudeza de algún antepasado vasco”), siendo el eje del equívoco que, en “El prospecto”, trunca la posibilidad de que Yéison Augusto sea reclutado para la Grandes Ligas.

Entre los valores detectados en los textos, aparte de la unión familiar, podemos mencionar el *sacrificio* y la *ambición* dentro del menú moral de los excluidos. La *educación* es un valor entrecomillado: la de los personajes-narradores que juegan béisbol pero no tienen aspiraciones de hacer carrera en ese mundo (Scharfenberg, Baig) queda fuera de discusión. Y aunque varios de los prospectos tienen el rol paralelo de estudiantes, el énfasis de los padres está siempre en su formación como peloteros. “Con semejante regalo de la naturaleza y su indisposición para los estudios, dedicarse al béisbol fue de las pocas decisiones medidas que tomó en su vida”, dice el padre de Keny sobre su hermano Eleazar (Fleján, 2006: 80-81). Su parecer entronca con ese lugar común del que participamos desde el colegio, cuando los que estaban dotados para el deporte solían ser malos estudiantes y los buenos estudiantes no pegaban una en las clases de Educación Física. Habría que preguntarse hasta qué punto los niños y jóvenes llegan a internalizar esta idea.

En los relatos analizados, la apuesta tradicional por la educación como inversión y base de un buen futuro es desplazada por el “facilismo”, la espera del milagro, del *deus ex machina* (encarnado

⁴ En una nota de sucesos acerca de la muerte del pelotero Ángel Daniel Guzmán, lanzador del Magallanes y novato de los Indios de Cleveland, su hermana explicaba que ella era la mayor de ocho hermanos, de los cuales, tres eran varones, todos llamados Ángel y todos peloteros (Dávila Truelo, 2010, 12 de enero).

por el *scout*) que no solo proyectará profesionalmente al joven, sino que sacará a la familia de abajo. “Sacarla de jonrón”, para usar un término del argot beisbolístico.

De este (anti)valor también deriva la concepción del padre de Keny acerca de las condiciones “que hay que tener para ser alguien en este país: buen brazo, poder y velocidad en las piernas. De lo demás -con excepción de la inteligencia-, se encarga cualquier *Rookie League*” (Fleján, 2006: 79-80). El relato de Fleján ejemplifica de principio a fin lo que el marxismo denomina “falsa conciencia”: el discurso del dominado legitima el del dominador, asumiéndolo como propio (o como “sentido común”) en virtud de sus intereses⁵. Y enmascarándolo, de paso, con el “móvil del altruismo aparente”⁶.

Otro rasgo común es la atribución del mal gusto a las clases bajas, asociando su falta de criterio estético a su origen pobre y a su educación deficiente⁷. De ello son muestra el mausoleo de mármol blanco que el padre de Keny hace construir en memoria de su hijo, el pasillo rebosante en decoración “beisbolera” en la casa que Alexito compró “en el Norte” y la ostentación de Guillén de su condición de millonario, cuando habla de contratar ejércitos para ayudar al gobierno a luchar contra la guerrilla y el narcotráfico. Estas expresiones se concretan en la crónica sobre Ugueth Urbina, cuando un investigador atribuye la acusación de homicidio que pesa sobre el pelotero a la manida fórmula de “incultura, fama y dinero (...) una dinamita que puede ser muy peligrosa cuando se deja caer en el estrato social bajo, del que procede la mayoría de los peloteros” (Rahn, 2008: 27).

Dos de los textos comparten un patrón que podríamos denominar el de “la zorra y las uvas”, en alusión a la célebre fábula de Esopo:

⁵ Según Schoeck, “los valores de un grupo (sociedad, cultura) pueden ser los falsos valores de otro grupo” (1973: 753).

⁶ Van Dijk explica que con este móvil “se recomienda a los *otros* que actúen en ‘su propio bien’ mientras que el fundamento ideológico real de tales motivos discursivos está en el propio interés del articulista” (1996: 36). Imbuido como está de la ideología de la industria del béisbol, el padre empuja al hijo a servir a sus intereses.

⁷ En Venezuela suele llamarse despectivamente “nuevos ricos” a quienes experimentan un repentino ascenso social gracias a un enriquecimiento atípico y desarrollan comportamientos ostentosos basados en el poder “grotesco” que les confiere su reciente fortuna. Tal puede ser el caso de los funcionarios más prominentes de la clase política de turno o de quienes se desempeñan en ramos comerciales coyunturalmente favorecidos.

con un rencor vestido de indiferencia, sus narradores -chicos de clase media- refieren los comienzos y la evolución (o el final) de un compañero dotado para el béisbol, al que le reconocen sus méritos deportivos, pero se perciben “superiores” a ellos en cualquier otro aspecto. Dice Scharfenberg: “Sí, me divertía jugar béisbol, sin compromisos campeoniles. Sí, fantaseaba con hacer de Enzo Hernández o Ángel Bravo (...). Pero en ningún momento ambicioné ser un pelotero” (2009:23). Y Baig: “Desde mi poco honroso debut en el deporte, el béisbol me interesaba, pero no me cautivaba” (2009: 79).

Es interesante que ambos narradores insistan en que convertirse en jugadores profesionales no era determinante para ellos (por ser estudiantes o hijos de docentes, con otros horizontes y oportunidades). Lo que se sugiere es que, para quienes sí tienen aptitudes para el béisbol, seguir ese camino es su única alternativa en la vida. El narrador del relato de Scharfenberg, al enterarse por la prensa de la muerte de un delincuente del barrio vecino a la urbanización donde vivió de niño, comenta que “sin duda, se trataba de Douglas”, como si lo esperara porque consideraba que *alguien con su perfil* no podía tener otro final. Era eso o haber estado “bateando pelotas a novatos como coach en algún de esas granjas de talentos bisoños que hay en provincias” (Scharfenberg, 2009: 24).

En el título de este apartado hacemos referencia a “los excluidos”: esa figura define lo que van Dijk denomina “la polarización nosotros/ellos” en relatos como los de Pulido, Scharfenberg, Baig, y en la crónica de Rahn: los que tienen recursos versus los que no los tienen, o bien, los blancos y los mestizos, llegando a combinarse la clase social con la filiación étnica para formar los estereotipos de rigor, en los que las figuras de poder son blancas (los *scouts*, el padre de Yéison Augusto) y las figuras dominadas son mestizas o de color (Marahuanta, Yéison Augusto, Eleazar, Rafael, Douglas).

En el texto de Scharfenberg, esta oposición alcanza su paroxismo no solo por el contraste entre el jugador rico y el jugador pobre, sino por una argumentación racista y clasista, puntuada por el ritornelo “la vida es una mierda”. En eso se resume la molestia que le causó al narrador saberse sustituido en el equipo de béisbol por alguien “indigno” de hacerlo: “Era el único muchacho del barrio vecino que se había integrado al equipo. Era el único *aparentemente pobre y a todas luces negro*. Esos *logros morales* tenían que ver con sus

aptitudes deportivas: *también* era el mejor del equipo” (2009: 23; cursivas nuestras).

¿Por qué la pobreza tendría que ser un mérito mayor que otros para pertenecer a una novena deportiva? ¿Acaso por una percepción subyacente de que para “los de abajo” no hay mejores opciones? Al mismo tiempo, y a pesar de la probada capacidad deportiva de Douglas (que, sin embargo, no basta para igualarlo socialmente), el narrador se refiere a su pertenencia a Los Potrillos BBC como algo “ilegítimo”, como una especie de “delito”:

Total que la *injusticia* escandalizaba: si el control de esfínteres y el cumplimiento de normas de higiene figuraban entre los requisitos para hacer filas en Los Potrillos BBC, Douglas, *con todas las de la ley*, no podía tomar parte. Aunque, qué va: siguió *haciendo de las suyas* en varios campeonatos, usando el uniforme del equipo. (Scharfenberg, 2009: 24; las cursivas son nuestras)

El delito, por supuesto, es la intrusión: haber permeado con una habilidad física un espacio que el narrador consideraba “exclusivo”, del entero dominio de su clase social.

EL ÁMBITO DE LOS DOMINADOS

No sabemos hasta qué punto está extendida o difundida en nuestra realidad local esa percepción del béisbol como la “única” o la “mejor alternativa” (contra un futuro de delincuencia y/o drogas) para los muchachos pobres que no son estudiantes aplicados. De lo que no hay duda es que le viene como anillo al dedo a la industria deportiva en su necesidad permanente de “materia prima”, teniendo en cuenta la brevedad de la vida útil de los peloteros. Además, un futuro para el que la naturaleza ya nos ha provisto de alguna habilidad que el mercado remunera con notoriedad e ingresos multimillonarios, no parece una elección difícil. La cosa es, ¿cómo se encamina al “candidato” hacia allá?

En varias de las historias analizadas se detecta parcial o totalmente un patrón subyacente: los jóvenes empiezan jugando béisbol de

manera informal, en el campo, en las inmediaciones de su hogar, en un equipo infantil o en el colegio. Aquellos que tienen habilidades son obvios candidatos a la profesionalización. A los 16 ó 17 años, un *scout* -el “hada madrina” de este cuento de hadas protagonizado por chicos- los recluta para algún equipo estadounidense de ligas menores, del que ascenderán o no a las Grandes Ligas, remolcando a sus familiares consigo a esa nueva vida.

La figura del *prospecto*—descrita con metáforas potenciales, como un “diamante por pulir” o un “carbón que espera ser convertido en gema”— es la viva encarnación de una promesa: la que representa para su familia, en cuanto a ascenso económico y prestigio social, o más bien, fama. Los excluidos ansían ser *notados*: es una victoria sobre quienes (con o sin rostro definido) los dominan, una reivindicación. Ese sueño o esperanza es también recurrente en los textos: “Verlo convertido en pelotero grandeliga pasó de ser un anhelo familiar a convertirse en una suerte de rifa clandestina en la que mi hermano era nuestro único número” (Fleján, 2006: 86), “Marahuanta crió a Yéison Augusto y a Yoni Carmelo bajo el sueño de que serían peloteros de Grandes Ligas” (Pulido, 2009: 35).

Un tópico presente en todas las piezas analizadas es la valoración éxito/fracaso, en términos de todo o nada, lo que nos habla de un nivel de expectativas y de autoexigencia muy elevado en esta profesión. Como “aspecto central de la vida” (Castillo, 1998: 97), la esperanza de convertirse en grandeliga concentra a tal punto las energías de estos hombres y su entorno que, cuando algo la frustra o la empaña, es una auténtica debacle: “Se había acabado todo. Quedaba mi vida”, dice Enzo Hernández (Castillo, 1998: 99). Mientras que el padre de Keny, ante la noticia de la muerte de Eleazar, su hermano ex pelotero que llevaba años desaparecido, comenta: “Creo que Eleazar ya había muerto desde el mismo momento en que los Medias Blancas lo montaron en el avión de regreso” (Fleján, 2006: 89).

Figurar en un equipo local o en uno de las ligas mayores es percibido como un *éxito*, así como mantenerse en esa posición. En cambio, llegar a alguno de estos equipos y retirarse (como hizo Enzo Hernández), ser “degradado” a una liga de menor valía o vendido a equipos extranjeros por una lesión (el caso de Keny), convertirse en entrenador de equipos de ligas menores (Alex Cárdenas) o refugiarse en la pelota local, *pese a los logros cosechados* (Eleazar), es percibido como un *fracaso*.

También lo es «tener las condiciones» y no explotarlas lucrativamente, puesto que el *afán de lucro* es un valor importante tanto para los peloteros (en sus aspiraciones de mejora de status) como para la industria (por la orientación económica de su actividad). Para alguien en esa situación se usan metáforas como “talento realengo” u “orquídea de pantano” (Fleján, 2006: 80). A ello se suma una idea relacionada con la dimensión de espectáculo de este deporte y su dura condena para aquellos que no consiguen superar su mediocridad, que podría expresarse así: “En el mundo del béisbol, sino eres lo suficientemente famoso, no eres nadie” y que se detecta en frases como: “La estrella del colegio era uno más en el mundo del béisbol. Como no era un jugador brillante, a poca gente parecía importarle su carrera”; “después de todo, yo lo admiraba en el colegio y me acababa de enterar de que quizás no le había ido tan bien en la vida como había soñado cuando éramos adolescentes” (Baig, 2009: 78-79). “Como hasta ese día no había tenido noticias de él por los medios, *quería decir* que no había alcanzado la fama en ligas profesionales” (Scharfenberg, 2009: 24).

El relativismo éxito/fracaso adquiere rasgos dramáticos en la historia de Enzo Hernández: un jugador que tuvo una carrera exitosa, que se retiró por una lesión y lleva una vida próspera (si bien anónima) como farmacéuta, es considerado un fracasado funcional por no haber sabido “mantenerse” y por el anonimato en el que vive, fruto del olvido, que equivale a haber perdido todo su esfuerzo: “Enzo parecía ser (...) uno de los afortunados que se había alejado de la miseria, aun cuando parezca ilógico, o por lo menos contradictorio, usar la palabra afortunado para describir algún aspecto de su existencia” (Castillo, 1998: 107).

Esta percepción de la prosperidad como miseria y del éxito como fracaso, por incompletos, nos remite a la situación que planteábamos en la exposición inicial, acerca de que el ascenso logrado por los peloteros sería discutible, a tenor de la noción sociológica de *cristalización insuficiente de status*: la “incongruencia entre dos o más componentes del propio status social”. Así la define Schoeck (1973), poniendo por ejemplo a “los artistas de cine y los comerciantes judíos [que] experimentan la incongruencia de una posición económica de primera clase y de una discriminación étnica [al mismo tiempo]” (694-695).

De igual manera, se percibe cierto determinismo trágico en los desenlaces, relacionados con la pobreza (Douglas), la desintegración

familiar (Yéison Augusto), la falta de ambición (el tío Calixto), el vicio (Eleazar) o lo que el padre de Keny llama “el hechizo” que pesa sobre la familia y que su vástago tampoco es capaz de romper. Una fatalidad similar se observa en la crónica sobre Ugueth Urbina, quien después de tenerlo aparentemente todo, terminó condenado a prisión. El único caso de éxito rotundo es el de Oswaldo Guillén (junto a Galarraga y Armas). Pero no hay que olvidar que se trata de una utopía, por lo que todo el texto debe leerse sobre la clave de una distorsión de las condiciones reales.

El fracaso está ligado a menudo a la edad y a la pérdida de la condición física, principales “activos” del jugador. La lesión aparece como un estigma, que recuerda a la *Hybris* con la que los dioses griegos castigaban el desmesurado orgullo de los héroes. De hecho, el relativismo éxito/fracaso es lo que a menudo define la polarización nosotros/ellos del discurso de la dominación: los equipos y los peloteros que sí se adaptan a las condiciones (Alex Cárdenas, quien durante un conflicto gremial acepta la oferta para hacer de rompehuelgas) versus los peloteros que se rebelan contra el sistema (como Enzo Hernández); o bien, la oposición entre “ganadores” y “perdedores” (como opone el padre de Keny a su hijo con respecto al tío Calixto y a su hermano Eleazar).

Agresividad, valentía, sacrificio, conveniencia: estos son los valores que se detectan en los peloteros involucrados en la industria del béisbol y curtidos por la experiencia. En la medida que los deportistas internalizan estos valores sirven mejor a los propósitos del sistema, pero al mismo tiempo, perpetúan su propia dominación: eso es lo que marca la diferencia entre los peloteros adaptados y los no adaptados, los que “se quiebran en el camino”, como dice Harry, el *scout* del cuento de Pulido.

Igualmente, resulta llamativo que solo dos relatos se refieran -y uno de ellos, solo de pasada- a la tremenda presión a la que están sometidos los jugadores: “Yo admiro a quienes tienen una bonita carrera. Comenzaron siendo niños y terminaron adultos. Ahora, fueron niños capaces de soportar una presión enorme. La gente no se da cuenta. Hay que sacrificarse, decir no a muchísimos placeres” (Castillo, 1998: 118). “Hay quienes dicen que no supo manejar la presión. ¡Los quiero ver! Poca gente hubiese podido soportar aquello. Mi hermano, que ni siquiera terminó el bachillerato, de buenas a primeras se ve descosiéndole la pelota a los pitchers importados” (Fleján, 2006: 81).

Se elige mostrar las cualidades, las dotes del jugador, más no el esfuerzo: no se ventila el alto precio -psicológico y físico- que hay que pagar por lograr y mantener en pie el sueño de ser un grandeliga.

Los activos de los peloteros como grupo profesional no tienen que ver con lo económico, sino con los atributos, condiciones y habilidades físicas y, muy especialmente, la edad, la juventud. En resumen, el principal activo de los peloteros es su cuerpo⁸: “La conciencia de nuestra dependencia del cuerpo, de la lotería que es la salud, de la lotería que es la vida”, “El mismo peso, la misma talla, los mismos antebrazos fuertes, musculosos” (Castillo, 1998:104), “Parecía un dios jugando con planetas en el espacio inconmensurable” (Pulido, 2009: 35), “No era especialmente atractivo, pero era fuerte, musculoso y muy seguro de sí mismo”, “Alex seguía musculoso, atlético” (Baig, 2009: 76 y 79). La única explicación posible para que las ubicuas descripciones de los atributos físicos y las edades de los peloteros pasen inadvertidas para el lector es la naturalidad que, culturalmente, le asignamos a esa caracterización: el deporte está asociado al físico. Y estar apto para el deporte es estar apto para el negocio. O lo contrario, como lo reflejan las frases: “Después se enfermó, que es casi como morir para un pelotero”, “Un estúpido mal congénito le escamoteó la fama”, (Castillo, 1998: 104 y 118).

La edad de los peloteros es una marca discursiva recurrente (con menciones positivas acerca de la juventud, y negativas, acerca de la madurez): sin duda, la *juventud* es un activo apreciado en el negocio. Las carreras meteóricas no se deben solo a un exponencial desarrollo de las aptitudes de los jugadores, sino a la presión de la edad productiva. Una vez que su valor de uso comienza a decaer, se les va desplazando hasta prescindir de ellos.

En nuestra exposición inicial explicábamos cómo la ideología del deporte se apoya en el criterio capitalista de “rendimiento” (mayor producción a menor costo y en menor tiempo). Al entrar en contacto con los textos, encontramos algunas frases en las que resuena esta idea, bajo la encarnación de la *máquina*: “Si me hubiese conformado con ser una pieza en el engranaje habría rendido más”, “la rapidez

⁸ No es de extrañar que haya pólizas de seguro para las partes del cuerpo que generan riqueza: son una inversión, como puede serlo una compañía, una propiedad, un automóvil. Al respecto, sugerimos leer el artículo “Asegurar el cuerpo”, de Gracia Terrón, disponible en línea en: http://www.consumer.es/web/es/economia_domestica/finanzas/2007/09/26/167327.php.

compensaba mi alcance limitado. Mi rapidez me hacía lucir porque realizaba las jugadas en fracciones de segundo” (Castillo, 1998: 103); “Yéison Augusto se convertía en un ser de músculos templados y de reflejos dedicados exclusivamente a detener o a provocar el movimiento de una pelota” (Pulido, 2009: 35). Estos y otros fragmentos de los textos analizados nos hablan de la relevancia que el béisbol -y sus representaciones- le asigna a cualidades como la agilidad, la precisión, el control de los movimientos; cualidades que tienen que ver más con el funcionamiento perfecto de una máquina que con la posibilidad de cometer errores de un ser humano.

Sobre esto ironiza Chapellín en “Juego maquinalmente”, donde los peloteros son ensambles cibernéticos⁹: Oswaldo Guillén es el centro de una polémica por un injerto electrónico que le ha permitido prolongar su estadía en el béisbol. “La gente quiere un buen espectáculo, y si la tecnología ayuda, bienvenida sea”, comenta. O sea que “vale todo”.

También es ostensible esa percepción de los jugadores como cifras sobre la que advertíamos en los comentarios introductorios: en los textos de Fleján y Rahn vemos promedios de bateo, efectividad, número de juegos ganados y perdidos, la velocidad que alcanzan los lanzamientos. Se les presenta como algo admirable, junto a las pujas por los jugadores, cuyas cotizaciones llegan a “cifras de jarrón chino”. Estos elementos hacen pensar en mercancías, más que en gente. Como bien lo expresa Daniel Vidart, “la cosificación de su cuerpo y la reiteración de sus habilidades convierten al deportista actual en una especie de esclavo del *panem et circencis* de nuestro tiempo” (citado por García Blanco, 2006: 86).

Aunque ya nos hemos referido a ellos, dejamos deliberadamente para el final un comentario sobre los dos textos “atípicos” de la muestra. En la crónica de Rahn, se habla de la barajita como representación portátil del ídolo deportivo, donde se da cuenta de sus datos personales y de su rendimiento como jugador. Recordemos

⁹ “A medida que se ha desarrollado la automatización, y sobre todo, al surgir la *cibernética*, el concepto de máquina ha empezado a aplicarse a un amplísimo círculo de fenómenos: por máquinas se entienden ya no los sistemas creados por el hombre, sino también los organismos vivos (...) Cuando Descartes consideraba al animal como una máquina carente de alma, y cuando La Mettrie incluía al hombre en la categoría de máquina, no era el concepto de máquina el que se tergiversaba, sino el de animal y el de hombre, a los que se equiparaba a sistemas que funcionan según las leyes del movimiento mecánico” (Rosental y Ludin, 1965/1994: 291).

que niños (y no tan niños) las intercambian. Algunas llegan a cotizarse a precios altísimos en el mercado de los coleccionistas: la dinámica del gran negocio en facsímil. Pero no es esto lo central en ese texto, sino la representación del auge y caída del “héroe” por causa de sus propios actos, siempre bajo la mirada escrutadora de los medios. La imagen construida del “héroe”, incompatible con las tribulaciones y yerros del hombre de carne y hueso que es todo pelotero.

En el relato utópico de Chapellín, los jugadores son el grupo dominante frente a los dueños de los equipos, con quienes van a medias en el negocio. Con el Estado se muestran generosos, al pretender ayudarlo realizando inversiones hoteleras. De ahí el optimismo a ultranza del discurso, que poco tiene que ver con los otros textos. Parece una hipérbole del modesto papel de redención económica que tienen en otros relatos frente a sus familias: no solo salieron adelante, sino que ahora, son ellos los que van a sacar adelante al país. De ser “comprados”, pasan a ser ellos los que “compran”.

A juicio de García Blanco, “el deporte, como producto cultural, se verá afectado por la sociedad en la que se encuentre, la cual hará que se adapte a sus normas sociales e incluso morales” (2006: 88). No obstante, al observar la actuación de sus agentes (portadores de la ideología legitimadora de los intereses de quienes se lucran con ello), cabría pensar lo contrario: que el deporte como negocio puede lograr que sectores de la sociedad adapten sus normas sociales y morales para intentar pactar con él en busca de beneficio particular.

CONCLUSIONES

Casi ninguno de los relatos analizados tiene un talante optimista. Pareciera que el éxito es una fantasía anhelada por muchos, pero realizada y mantenida al final solo por unos pocos. Lo que revelan estos textos es la escasa conciencia de los prospectos de que, en su intento por ascender social y económicamente, sirven a unos intereses, a un poder económico que los convierte en mercancía, en bienes de intercambio, en propiedad, mientras están en su “vida útil”.

La dimensión de espectáculo del deporte, a través de la construcción de la imagen del héroe (o el anti-héroe) y la promoción entre los fanáticos del deseo de imitarlo, de reproducir el modelo, disimula el trasfondo ideológico del funcionamiento del deporte en su

dimensión de negocio. Allí donde los jugadores no son seres humanos, sino “inversiones” de los dueños de los equipos. Donde “ser agresivo” (tanto en el campo de juego, como en la actitud ante la vida) es una prioridad. Donde se les desarrolla como máquinas de bateo, fildeo y pitcheo, ágiles para correr. Profesionalmente, las corporaciones del deporte “pulen el diamante”, pero, ¿se interesan por el crecimiento personal, por el equilibrio psicológico de sus estrellas, teniendo en cuenta que vienen de una situación de minusvalía social y económica y se enfrentan a cambios tremendos? La cultura nos vende la idea del deportista como un ser integral pero, ¿qué tan cierto es el desarrollo de esa “integralidad” en la práctica?

Ante semejante panorama, habría que instaurar mecanismos que fomenten (aunque suene a oxímoron) la *humanización del negocio del béisbol*, racionalizando las presiones que sobre sus jugadores imponen las organizaciones en procura de la máxima rentabilidad. Sería conveniente reflexionar hasta qué punto se ha perdido la función original del deporte, y qué puede hacerse para que realmente sirva de cemento social, de espacio de encuentro y distensión, de colaboración y sana competencia, y de promotor del desarrollo de las aptitudes físicas con miras a la salud y al esparcimiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Altuve Mejía, E. J. (2009). “Deporte: ¿fenómeno natural y eterno o creación socio-histórica?”. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, vol. 18, N° 1, enero-marzo 2009, 7-23.
- Baig, J. (2009). “Alexito en las Grandes Ligas”. *Olímpicas*. Edición Aniversario, N° 6, 76-79.
- Barrera Linares, L. (2003). *Discurso y literatura. Teoría crítica y análisis de textos literarios a partir de los aportes del análisis del discurso*. Caracas: Los Libros de El Nacional. 3ª ed.
- Castillo, L. F. (1998). *El placer de la falsificación*. Caracas: Memorias de Altigracia.
- Chapellín, E. (1995). “Juego maquinalmente”. *El Diario de Caracas*. Edición XVI Aniversario 1979/1995, segundo cuerpo, 35.
- Dávila Truelo, L. (2010, 12 de enero). [En línea] “Investigan venganza en caso de hermano de pelotero asesinado”. *El Universal*. Disponible en http://noticias.eluniversal.com/2010/01/12/sucgc_art_investigacion-venganza_1721503.shtml [Consulta: 29 de diciembre de 2011]
- Díaz Rangel, E. (1979). *El béisbol en Venezuela*. Libros de Hoy, N° 25. Caracas: El Diario de Caracas.

- Fleján, S. (2006). *Intriga en el Car Wash*. Caracas: Mondadori.
- _____. (2009). "Literatura en pelotas". *Olimpicas*. Edición Aniversario, N° 6, 16-19.
- García Blanco, S. (2006). "Juego y deporte: aproximación conceptual". *Apunts. Educación Física y Deportes*, N° 83, 82-89.
- Pulido, J. (2009). "El prospecto". *Olimpicas*. Edición Aniversario, N° 6, 32-36.
- Rahn, H. (2008). *Crónicamente Caracas*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Rosental, M. M. y Iudin, P. F. (1965/1994). *Diccionario filosófico*. Bogotá: Ediciones Nacionales.
- Scharfenberg, E. (2009). "El juego no se termina hasta que se acaba". *Olimpicas*. Edición Aniversario, N° 6, 20-24.
- Schoeck, H. (1973). *Diccionario de Sociología*. Barcelona (España): Herder.
- Van Dijk, T. A. (1996). "El análisis del discurso ideológico". *Versión*. "La palabra hablada". Revista de la Universidad Autónoma Metropolitana de México, N°6, 15-43.
- _____ (1999). "El análisis crítico del discurso". *Anthropos*, N°186, 23-36.

